

Esta es una pequeña muestra  
del libro *El Cielo... No Es el Fin del Mundo*.

Para conseguir el libro completo y conocer más  
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

[www.poiema.co](http://www.poiema.co)

O comunícate con nosotros al correo:

[info@poiema.co](mailto:info@poiema.co)



© 2015 Poiema Publicaciones  
*¡El Evangelio para cada rincón de la vida!*

**EL**  
**Cielo...**

**NO ES EL FIN  
DEL MUNDO**

**Una teología bíblica de los nuevos cielos y la nueva tierra**

**David Lawrence**



Poiema Publicaciones  
*Medellín, Colombia*

EL CIELO... NO ES EL FIN DEL MUNDO / David Lawrence

© 2015 por Poema Publicaciones.

Traducido con permiso del libro *Heaven: It's Not the End of the World*

© David Lawrence, 1995, publicado por Scripture Union.

Traducido por Cynthia Verónica Pérez de Canales.

Revisado por Naïme Bechelani de Phillips.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la *Nueva Versión Internacional* ©1999 por las Sociedades Bíblicas Unidas agregando mayúsculas a los pronombres que se refieren a Dios. Las citas marcadas con la sigla RVC son de la versión *Reina Valera Contemporánea* ©2009, 2011 por las Sociedades Bíblicas Unidas. Las marcadas con la sigla RV60, de la versión *Reina Valera* ©1960 por las Sociedades Bíblicas Unidas. Las marcadas con la sigla LBLA, de *La Biblia de Las Américas* ©1986, 1985, 1997 por The Lockman Foundation. Las marcadas con la sigla DHH, de la versión *Dios Habla Hoy, Tercera edición* ©1996 por las Sociedades Bíblicas Unidas.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y castigado por la ley.

Poema Publicaciones  
Medellín, Colombia  
E-mail: [info@poiema.co](mailto:info@poiema.co)  
[www.poiema.co](http://www.poiema.co)

Esta edición en español es dedicada a David Noreña Grisales.  
Y a todos los demás que anhelamos ver en la tierra nueva.

Categoría: Religión, Cristianismo, Teología Cristiana, Escatología.

ISBN: 978-958-58452-6-8  
Impreso en Colombia  
SDG

# CONTENIDO

Introducción.....7

## Parte 1: Bases bíblicas para una tierra nueva

1. ¿Para dónde va todo esto?  
*La tierra nueva en el Antiguo Testamento* ..... 13
2. La renovación de todas las cosas  
*La tierra nueva en el Nuevo Testamento* ..... 29
3. Entonces, ¿qué pasa con el Cielo?  
*Re-examinando nuestra idea del Cielo* ..... 47
4. Un paseo por el jardín del Paraíso  
*Entre la muerte y la resurrección* ..... 59
5. Vayamos a lo físico  
*Un cuerpo nuevo para una tierra nueva* ..... 75

## Parte 2: Perspectivas de la vida en la tierra nueva

6. Persona a persona  
*Las relaciones en la tierra nueva* ..... 91
7. Es la vida, pero no como la conocemos  
*La vida en la tierra nueva* ..... 101
8. Tres relatos visionarios  
*Los relatos de Jorge, Mauricio y Gabriela* ..... 119

## Parte 3: Repercusiones contemporáneas

9. Conociendo el final desde el principio  
*Esperando con ansias la tierra nueva* ..... 131
- Notas de texto .....147



# INTRODUCCIÓN

Como cristianos somos llamados a ser personas que “rebozen de esperanza” (Ro 15:13). *Rebozen de esperanza*. ¿Qué atractivo suena eso en medio de un mundo que parece estar descendiendo en espiral hacia más y más oscuridad? Al mirar alrededor del mundo, en cualquier momento vemos que son pocas las cosas que nos pueden dar esperanza. Miedo, confusión y desesperación, sí. Pero ¿*esperanza*? No.

Los titulares de las noticias nos hablan de las barbaridades de ISIS en Iraq y Siria, el Talibán en Afganistán, Boko Haram en Nigeria, y Al-Shabbaab en Somalia y Kenia. Estas atrocidades solo son la “punta del iceberg” del caos mundial generado por religiones militantes, el narcotráfico, el nacionalismo agresivo, las luchas económicas y otros males.

La persecución en contra de la iglesia sigue creciendo en muchas partes del mundo y la violencia hacia los cristianos parece aumentar sin fin.

En medio de un mundo adolorido y quebrantado, ¿dónde se consigue esa esperanza desbordante? Muchos cristianos intentan analizar los males de esta era como ‘señales de los tiempos’ y los meten en un esquema de calendario para adivinar el día de regreso de Jesucristo. Pero estos intentos frecuentemente generan más riñas que esperanza.

Por supuesto, los cristianos deben estar atentos a los sucesos que ocurren en el mundo. Sin embargo, en este libro quiero llevar las preguntas más allá de los temas “tradicionales”

del fin del mundo y hacer una pregunta mayor (y para mí, más importante): cuando el Armagedón haya sucedido, cuando la tribulación haya pasado, cuando de seguro sepamos si hay o no hay un raptó (y si lo hay, ¡quién se va a dónde y cuándo!), cuando el Señor Jesús haya regresado, y cuando los pre-, post o a-milenialistas sepan lo que es lo correcto... ¿ENTONCES QUÉ?

Tengo muchos libros en mis repisas que tratan sobre “los últimos tiempos”. Página tras página se discute sobre “las señales de los tiempos”, el anticristo, el milenio, la gran tribulación y el raptó (¡o no!). El regreso de Jesucristo se expone con gran detalle y el juicio de los vivos y los muertos, por lo general, también recibe una buena cobertura. Entonces, casi como una idea de último momento, el nuevo mundo glorioso logra tener *un solo capítulo* en el mejor de los casos o, por lo general, unos cuantos párrafos finales bastante vagos.

Siempre me ha parecido extraño y algo frustrante que se ponga tanta atención en el camino de piedras que hay para cruzar el arroyo y que se muestre tan poco interés en lo que Dios ha reservado en la otra orilla. O, para usar una metáfora más bíblica, las señales de “los últimos tiempos” que Pablo describe como “dolores de parto” (Ro 8:22) ¡muchas veces parecen ser de más interés que la nueva creación que está por nacer!

Sin duda este énfasis sirve para aumentar nuestra fascinación con los medios que Dios ha escogido para traer el fin, pero nos deja poco inspirados para el futuro que nos espera. Estoy convencido de que lo que nos hace seguir adelante cuando las cosas se ponen difíciles no es ni una visión del raptó, ni una creencia en una de las diferentes perspectivas del milenio, sino más bien la esperanza de que un día Dios pondrá todo en orden. Un día la vida, el universo y todo lo demás no serán como lo que son ahora; serán radical e inconcebiblemente mejores. La tierra misma será renovada, una humanidad justa será resucitada y la vida en nuestro planeta será como Dios originalmente la planeó: gozosa, gloriosa y saturada con un sentimiento de Su presencia en cada parte de ella.

Por lo tanto, he decidido escribir este libro poniendo el enfoque principal en la era venidera, el gran futuro que Dios ha prometido sobre la tierra renovada como la herencia para todos los que son “salvos por fe”.

Si solo pudiéramos pasar más tiempo meditando en esto y aclarando esta maravillosa perspectiva de nuestro destino eterno y menos tiempo discutiendo los medios por los cuales Dios la puede llevar a cabo, entonces quizá la iglesia pueda otra vez ofrecer una esperanza real futura para las personas que en este tiempo están luchando con el sentimiento de que la vida no tiene sentido.

En medio de tanto temor e incertidumbre, las personas no quieren un debate teológico o un calendario de desastres; quieren una esperanza de que Dios ha planeado (y verdaderamente prometido) que algo hermoso surgirá de las cenizas después del fracaso de este mundo. Las personas que no se conmueven con los detalles teológicos del milenio pueden muy bien conmovirse con un cuadro bíblico de la creación redimida. ¡Así que dejemos de discutir sobre la naturaleza, fuerza y frecuencia de los dolores del parto, y comencemos a celebrar lo que está por nacer!

– *David Lawrence*, enero de 2015





*Parte 1*

# **BASES BÍBLICAS PARA UNA TIERRA NUEVA**

“Nosotros creemos [...] que Dios creó la tierra, confiándole al hombre su cuidado, y que Él un día la volverá a crear, cuando Él haga ‘los cielos nuevos y la tierra nueva’”.

*John Stott*

“Muy a menudo las personas llegan al Nuevo Testamento suponiendo que ‘ir al cielo cuando mueras’ es el propósito implícito de todo [...] Obtienen este punto de vista de algún lado, ¡pero no del Nuevo Testamento!”.

*Tom Wright*





# ¿PARA DÓNDE VA TODO ESTO?

— Me siento un poco apenada por confesarlo, pero creo que el cielo va a ser aburrido.

— ¿En serio?

La verdad es que no esperaba una confesión tan franca de parte de una amiga cristiana.

— Sí. Quiero decir, ¿qué habrá que hacer ahí? Sé que la perspectiva de estar con Jesús y adorarlo por siempre debería ser suficiente, pero...

Enmudeció, confundida por cómo expresar sus sentimientos. Sin embargo, sus comentarios ya habían confirmado lo que yo había comenzado a sospechar: para la mayoría de los cristianos el cielo está en medio de la nada; ¡todo mundo ha escuchado sobre este lugar pero muy pocas personas tienen una idea clara de dónde está o cómo sería vivir ahí!

¡Para muchas personas el “cielo” evoca imágenes de multitudes de espíritus felices con alas, que balancean sobre sus cabezas (de manera milagrosa) diferentes tamaños de coronas mientras flotan eternamente por las calles cubiertas de oro, tocando el Coro del Aleluya en sus arpas estandarizadas que recibieron en la entrada!

Imaginar el cielo de esta manera, como el *Gran Escape* final de todas las dolencias y males, como un vuelo solitario del espíritu a los brazos de un Dios amoroso, es un hermoso

pensamiento y, cabe decir, muy consolador para las personas cuyas vidas en el aquí y el ahora están llenas de dolor y sufrimiento. La pregunta que se debe formular, sin embargo, no es si estas imágenes del cielo son hermosas y consoladoras (ya que indudablemente lo son), ¿sino si son ciertas o no!

¿Realmente la Biblia nos lleva a esperar la eternidad como una experiencia espiritual extática mientras adoramos alrededor del trono de Dios? ¿Vamos a pasar al mundo venidero como espíritus felices disfrutando del “reino de la luz” que existe más allá de la nada? Es cierto que este punto de vista encuentra su apoyo en muchos himnos. Toma como ejemplo esta proposición de Anne Shepherd:

Alrededor del trono de Dios en el cielo  
Miles de hijos están de pie.  
Hijos cuyos pecados están todos perdonados,  
Una banda santa y feliz.

En túnicas largas de un blanco sin mancha  
Veo a cada uno ataviado,  
Morando en luz eterna  
Y en alegrías que nunca se desvanecen.

Pero, ¿están en lo cierto los escritores de los himnos y los que esparcen esta noción popular del cielo? Algunas doctrinas bíblicas no parecen estar muy cómodas con estas opiniones de hijos vestidos con túnicas largas y sueltas, eternamente de pie ante la luz eterna del trono de Dios. Dos doctrinas en particular suenan como una nota discordante.

Primero, ¿qué vamos a hacer con la resurrección física? ¿Por qué necesitamos un nuevo cuerpo humano para disfrutar una dicha “celestial”? Seguramente aquí hay una inconsistencia. ¿La promesa misma de la resurrección *física* no implica una eternidad más *física* que las ideas tradicionales sobre el cielo permiten?

Segundo, si el cielo va a ser nuestro hogar, ¿qué debemos hacer con la promesa explícita que Dios hace de crear “cielos nuevos y *tierra nueva*”, donde Él mismo vivirá con la humanidad (Is 66:22; 2P 3:13; Ap 21:1-15) y de la intención implícita de renovar *todas* las cosas (todas, presuntamente, incluyendo la tierra) cuando Jesús vuelva? (Mt 19:28).

Tan pronto como comenzamos a luchar con estas promesas bíblicas de la renovación y la re-creación *terrenal*, surgen una serie de preguntas relacionadas que compiten por nuestra atención. Si la tierra será renovada, ¿cómo será la tierra nueva? ¿Tendrá alguna relación con esta tierra? ¿Quién (si es que hay alguien) vivirá en ella? ¿Tendrá plantas y animales? Y, al saber que habrá una tierra nueva, ¿de qué manera cambia nuestra comprensión del cielo como nuestro hogar eterno?

Sin lugar a dudas estas son preguntas interesantes, pero la doctrina bíblica que trata de la tierra re-creada, además de retar algunas de nuestras suposiciones sobre nuestra futura existencia celestial, también nos hará repensar algunas de nuestras actitudes hacia nuestra vida *terrenal* actual.

Ver el plan final que Dios tiene para nosotros como “celestial” y “espiritual” nos ha llevado a imaginar que las cosas espirituales son el interés principal de Dios. Si un cielo espiritual es el mayor bien que Dios tiene para nosotros, entonces la tierra y nuestra existencia física sobre ella deben ser, de alguna manera, una “segunda opción”. En consecuencia, muchos cristianos sostienen la opinión de que la única razón por la que Dios creó la tierra fue para darles a las personas ¡un lugar dónde vivir mientras deciden si siguen a Jesús o no! Una vez que todos hayan tenido la oportunidad de decidir sobre esa cuestión vital, Dios arrebatará a Su pueblo de la tierra a un lugar de eterna seguridad espiritual (llamado “cielo”) mientras la tierra, después de haber cumplido con su función, será desechada y quemada.

Desde esta perspectiva tradicional, la tierra no tiene ningún estatus por sí misma que no sea como una especie de “estación espacial” para la misión de salvación de Dios. Lo que le

hagamos y cómo la tratemos es, en gran parte, irrelevante, ya que de todos modos ¡está destinada a la hoguera!

Sin embargo, si uno cree que *toda* la creación le pertenece a Dios y que Él la ama y que un día la renovará *toda* en Su amor, entonces toda nuestra perspectiva sobre la tierra y sus habitantes cambia. El asunto sobre la tierra y su futuro se vuelve vital, no solo para nuestra esperanza y expectativa futuras, sino también para la manera en que vivimos *el día de hoy* como el pueblo de Dios.

Mi firme creencia es que el futuro que Dios ha planeado para nosotros *no* será “celestial” (en la manera común en que entendemos el término) ¡ni será en lo absoluto aburrido! El teólogo Tom Wright opina lo siguiente: “Muchas veces la gente llega al Nuevo Testamento suponiendo que ‘ir al cielo cuando mueras’ es el punto implícito de todo el Nuevo Testamento [...] Obtienen ese punto de vista de algún lado, ¡pero no del Nuevo Testamento!”.<sup>1</sup>

Por el contrario, como buscaré demostrarlo, toda la Biblia nos lleva a esperar una renovación gloriosa de la vida en la tierra, para que la era venidera sea la aventura emocionante y eterna de vivir con Dios en la tierra nueva. Cuando Su presencia impregne cada acto seremos más humanos de lo que nunca hemos sido, liberados del pecado, la muerte y todo lo que nos hace daño y nos lastima. En las bien conocidas palabras de Martin Luther King Jr., seremos “¡libres al fin, libres al fin! ¡Gracias a Dios Todopoderoso; al fin seremos libres!”.

¡La esperanza que tenemos es asombrosa! Este libro busca explorar un poco el trasfondo bíblico que respalda esta esperanza y luego desempacar algo de las emocionantes posibilidades de lo que podría ser la vida en la tierra nueva. Este puede ser un territorio nuevo para muchos lectores y, quizá sería bueno hacerles una sana advertencia antes de seguir adelante.

En los dos primeros capítulos del libro escudriñaré el Antiguo y el Nuevo Testamentos para ver si la perspectiva “tradicional” del cielo realmente se encuentra ahí. ¿Los israelitas del Antiguo Testamento esperaban el cielo de la misma

manera en que nosotros lo esperamos? ¿Juan, Pedro, Pablo y (más importante aún) Jesús, esperaron “ir al cielo” como el clímax de la vida en la tierra? Conforme vayamos estudiando algunos textos comunes (y algunos menos comunes), comenzará a aflorar una esperanza futura mucho más “terrenal” de la que nunca hayamos entendido. Inevitablemente, quizá, al principio se producirán más preguntas que respuestas, pero por favor sigue leyendo. Conforme el libro se vaya desarrollando estoy seguro de que te darás cuenta que las preguntas planteadas en los primeros capítulos se responden en los posteriores; y espero que poco a poco encuentres que las piezas encajan para darte una comprensión clara de la tierra nueva que Dios ya ha preparado en Su corazón para los que lo aman.

## **LA PERSPECTIVA DEL ANTIGUO TESTAMENTO**

### ***EN EL PRINCIPIO...***

Comencemos nuestra búsqueda desde el principio, en Génesis capítulo 1.

“Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra” (Gn 1:1). La frase “los cielos y la tierra” que se usa aquí en Génesis es solo una manera de decir “todo”. Cada parte del cosmos existe solo porque Dios quiso que estuviera ahí. De hecho, todo el punto de Génesis 1 es probar que Dios es el creador, propietario y sustentador de todo. En un mundo de aparente caos y desorden, el hebreo altamente estructurado que se usa en Génesis 1 (una estructura que se pierde en la mayoría de las traducciones al español) nos asegura que hay un plan y un propósito para el universo, el mundo y nuestra misma existencia como seres humanos en él.

Después de haber empezado con esta grandiosa imagen de Dios como el dueño del cosmos, Génesis 1 trata en detalle solo una pequeña parte del “todo”, es decir, el gran cuidado que Dios tuvo para crear un planeta hermoso y fructífero llamado “tierra”. Ya sea que creas que Dios hizo esto en seis días de



veinticuatro horas o que estés a favor de una interpretación menos literal de un “día” es, a mi parecer, menos importante que captar el increíble amor y atención que Dios dio en abundancia al crear la tierra. La complacencia de Dios en Su obra se enfatiza por las frecuentes descripciones de Sus inspecciones “diarias” y Sus dictámenes de que era bueno. La vegetación y el fruto hicieron feliz a Dios (Gn 1:12). Vio los peces, los pájaros, los animales y a todas las criaturas vivientes y encontró deleite en lo que vio (Gn 1:21, 25).

Seguramente estamos forzados a concluir que, incluso si Dios no hubiera puesto a la humanidad en el planeta, este lo hubiera complacido y deleitado cada vez que lo viera. Tiene las “huellas digitales” de Sus habilidades creativas y está lleno de vida, color y potencial sin límite. Pero, ¿cómo desarrollar ese potencial? ¿Quién haría la jardinería en este rico Paraíso que por la palabra había sido llamado a existir? ¿Quién descubriría y desarrollaría los vastos depósitos de minerales y piedras preciosas para mejorar y embellecer aún más el planeta y las vidas de las criaturas que vivían en él? ¿Quién cuidaría de los animales y quién disfrutaría la fertilidad de la tierra? Dios se la pudo haber quedado para Él pero, ¡el acaparamiento no está en el carácter de Dios!

Y dijo [Dios]: Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo; sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo. Y Dios creó al ser humano... (Gn 1:26-27).

Es claro que aquí, al comienzo, los seres humanos y el orden creado iban de la mano y, por lo tanto, solo podíamos cumplir nuestro potencial y alcanzar nuestro destino si funcionábamos como parte del resto de la creación. Dios no nos puso aquí como en un tipo de prueba de resistencia para ver si podíamos hacerle frente a las arañas, a las tormentas eléctricas y a nuestro prójimo, y así los que pasaran la prueba fueran

teletransportados “¡al cielo!”. Desde Génesis 1 parece que la tierra iba a ser nuestro hogar por los siglos de los siglos, y Dios nos colocó en ella porque aquí es adonde pertenecemos, en el corazón de Su amada creación, cuidándola y desarrollando su potencial.

### **LA REBELIÓN DE LOS TRABAJADORES**

Esta maravillosa imagen de Dios y el hombre trabajando en sociedad y la humanidad actuando como los cuidadores de la creación, dispuestos y obedientes, pronto se hizo añicos. La historia de la Caída (Gn 3:1-24) es una tragedia de magnitud cósmica. La raza humana decidió que sabía más que Dios y, en vez de permanecer en una sociedad sumisa con Él, cedió a la tentación de tomar la responsabilidad de la vida en sus propias manos. Desobedeció una de las muy pocas órdenes que se le había dado y, en un solo acto de desobediencia, fracturó la relación vital entre Dios y Su creación. La raza humana, que debía ser la cadena de abastecimiento del cuidado amoroso de Dios para el resto de los habitantes de la tierra, decidió hacer las cosas a su manera. La vida en la tierra nunca se recuperó por completo de esa decisión.

Las repercusiones fueron enormes. Las relaciones humanas, tan esenciales si los hombres y las mujeres iban a cooperar en su rol de administrar la creación, se llenaron de desconfianza, celos y odio. La estructura misma de la tierra iba a reflejar de algún modo la rebelión del hombre, así que la tierra que antes había sido fértil se volvió árida. El hecho de trabajar la tierra, que alguna vez había sido un placer, se volvió ahora una tarea agotadora y ardua. Los seres humanos, que debían haber vivido para siempre en la tierra, debían ahora morir y regresar al polvo del que habían sido formados. Y, lo más terrible de todo, la intimidad de la humanidad con Dios se perdió. La fuerza de trabajo de la creación estaba ahora desenfrenada, haciendo sus propias reglas y tratando de ordenar la vida sin relación con el Jefe.

## LA CREACIÓN CONDENADA

No es de extrañar que las cosas fueran de mal en peor y no pasó mucho tiempo antes de que Dios ya hubiera visto suficiente. El dolor de que Su hermosa tierra fuera explotada y Su amada raza humana se hiciera pedazos era demasiado intenso y lamentó los días de la creación. Dos de los más terribles versículos de la Biblia nos dejan ver el dolor que Dios sintió:

Al ver el Señor que la maldad del ser humano en la tierra era muy grande, y que todos sus pensamientos tendían siempre hacia el mal, se arrepintió de haber hecho al ser humano en la tierra, y le dolió en el corazón. Entonces dijo: Voy a borrar de la tierra al ser humano que he creado. Y haré lo mismo con los animales, los reptiles y las aves del cielo. ¡Me arrepiento de haberlos creado! (Gn 6:5-7).

La profundidad del dolor y el pesar que se revelan en el corazón de Dios una vez más enfatizan cuánto amaba a la tierra que había creado y qué tan lejos había caído de ser lo que Él quería que fuera. El capítulo continúa:

[Dios] dijo[...]: He decidido acabar con toda la gente, pues por causa de ella la tierra está llena de violencia. Así que voy a destruir a la gente junto con la tierra (Gn 6:13).

Esto es terrible, pero a la vez, desde nuestra perspectiva, es de cierto interés porque Dios no destruyó *literalmente* la tierra. Antes bien, en un acto de juicio divino, Él *limpió* la tierra enviando un diluvio que destruyó, no el tejido mismo de la creación, sino el mal que había conspirado para destruirla. Es bastante claro que Dios también quería ver a Su tierra llena de la raza humana (que tanto amaba) porque, habiendo juzgado y destruido la maldad humana, tomó el riesgo de permitir que una sola familia comenzara la vida otra vez *en la tierra*.

Solo un buen hombre (Noé), cuya bondad protegió a su familia y les aseguró sus “pases de abordar” al arca, fue escogido

para formar el núcleo de la nueva generación de administradores terrenales que obedecerían a Dios.

Otra vez vemos a la humanidad re-comisionada para “ser fructífera y multiplicarse y llenar la tierra”. El género humano había sido libertado por medio del diluvio para cumplir su destino en la tierra. Dios les hizo promesas a Noé y a su familia (y, de manera interesante, al reino animal) de que nunca más caería un juicio como ése (Gn 9:8-17).

No obstante, sería incorrecto ver a esta tierra limpiada como *completamente* renovada. Una cultura malvada había desaparecido en el mar de la justa ira de Dios, pero el mal en sí mismo no había sido destruido. Incluso, mientras Dios repite las promesas y los mandatos dados en Génesis 1, vemos que los efectos de la Caída todavía se tienen que tomar en cuenta; la gente malvada había sido justamente destruida, pero la creación misma aún estaba bajo la influencia de la presencia del mal.

Así que en vez de que la humanidad gobernara por amor (como antes), ahora debía gobernar a los animales por “temor y pavor” (Gn 9:2); en lugar de poder comer solo plantas (Gn 1:29), Dios hace concesiones a la presencia continua de la muerte en el reino animal permitiéndoles a los seres humanos comer la carne de animales muertos. La vida en la tierra es limpiada y renovada pero todavía no “salvada” de las consecuencias de la presencia del mal.

### **EL NUEVO JARDÍN DE DIOS**

Tristemente, pero inevitablemente, no pasó mucho tiempo antes de que el mal comenzara de nuevo a arruinar y a destruir la habilidad de la humanidad de cuidar la tierra. Después de haber prometido que no destruiría la tierra y a sus habitantes con un diluvio, ¿qué haría Dios? Ahora iba a instituir la siguiente fase de Su plan. Si la humanidad en general era incapaz de establecer Su reino de justicia en la tierra, entonces Él crearía a un grupo de personas en particular con quienes viviría en una relación íntima. Estas personas serían su nación

especial y distintiva. Ellas comenzarían a demostrarle a las naciones espectadoras cómo quería Dios que la vida “funcionara” en la tierra.

Dios necesitaba un punto de partida y escogió a un hombre para comenzar este gran proyecto de establecer una nación santa en la tierra. ¿Su nombre? Abram. ¿Su misión? Ir a una tierra nueva en la que, le dijo Dios, “Haré de ti una nación grande, y te bendeciré; haré famoso tu nombre, y serás una bendición [...] ¡por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra!” (Gn 12:2-3). Una vez más vemos que el programa de Dios para la humanidad era bendición –y bendición *en la tierra*.

Abram respondió fielmente al reto de Dios y viajó a la tierra de Canaán. Mientras miraba esas polvorientas colinas y se preguntaba si realmente este podría ser el lugar que Dios había escogido (recuerda que los cananeos todavía estaban viviendo ahí), Dios “se le apareció a Abram y le dijo: ‘A tu descendencia daré esta tierra’”.

Fíjate que el pueblo de Dios necesitaba una tierra donde pudiera alcanzar su destino como nación santa. Como en los días de Noé, Dios pudo haber “des-materializado” a la humanidad santa a una Tierra del Nunca Jamás llamada “cielo” pero, una vez más, Su pasión por Su creación en su totalidad (no solo por Su humanidad) lo llevó a seguir buscando una política para armonizar la vida en la tierra en todas sus diferentes apariencias: animal, vegetal y humana.

Para acortar una larga y bien conocida historia, con el tiempo la promesa que Dios le hizo a Abram se cumplió. Una nueva nación, guiada por Dios a través de Moisés, llegó a la frontera de la tierra prometida. Bajo Josué, esta nación entró a Canaán y Dios obró y peleó por ellos para redimir la tierra de las tribus que la ocupaban. Cuando la conquista de Canaán estuvo casi terminada, el pueblo se estableció en tribus y en grupos de familias. Se construyeron ciudades y la nación comenzó a intentar ordenar la vida de la manera que Dios quería.

Para guiarlos Dios les dio muchas leyes. Es interesante observar que estas leyes abarcan todos los aspectos de la vida: lo práctico (por ejemplo, Deuteronomio 22:8 dice: “Cuando edifiques una casa nueva, construye una baranda alrededor de la azotea, no sea que alguien se caiga de allí”), lo social (por ejemplo, Deuteronomio 22:1 dice: “Si ves que un buey o una oveja de tu hermano se ha extraviado, no te hagas el desentendido, sino llévalo en seguida a su dueño”) y lo “religioso” (por ejemplo, Deuteronomio 17:1 dice: “No sacrificarás al Señor tu Dios ninguna oveja ni buey que tenga algún defecto o imperfección, pues eso es abominable para el Señor tu Dios”).

Estas leyes estipulaban un código invaluable, asegurando que esta nueva nación, tan crucial para los propósitos de Dios, verdaderamente reflejara Su carácter amoroso y justo a las naciones circunvecinas. Cuando las naciones vieran a Israel, el carácter de Dios se debía materializar delante de ellas, no solo por sus actos de adoración, sino por la manera en que se trataban entre ellos e incluso ¡por la manera en que construían sus casas y respetaban la propiedad de los demás!

Sin embargo, había otra área que las leyes dadas a Israel cubrían: Dios instruyó al pueblo sobre cómo debía servirlo dentro de los límites de Canaán al ser *administradores de su preciada creación*, dándoles leyes que reflejaban Su interés por el reino animal y por el bienestar del suelo mismo. Por ejemplo, se les dijo: “Si en el camino encuentras el nido de un ave en un árbol o en el suelo, y a la madre echada sobre los polluelos o sobre los huevos, no te quedes con la madre y con la cría [...] deja ir a la madre. Así te irá bien y gozarás de larga vida” (Dt 22:6-7). Cada pájaro era importante para Dios y le importaba cómo los trataban.

La tierra debía usarse con cuidado y respeto y no debía ser cultivada ni explotada de más: “Durante seis años sembrarás tus campos, podarás tus viñas y cosecharás sus productos; pero llegado el séptimo año la tierra gozará de un año de reposo” (Lv 25:3-4). Aquí otra vez vemos la intención que Dios

tuvo de enseñarles a los seres humanos cómo encontrar plenitud viviendo en armonía y solidaridad con la creación.

### **¿QUÉ ES LO QUE LE HACE UNA NACIÓN?**

No se puede sobrestimar lo importante que era que Israel ejerciera custodia de la tierra de Dios. Christopher Wright comenta: “Un componente fundamental de [las promesas de Dios a Abram] es que Dios le daría a Abram y a sus descendientes *una tierra*. Esa tierra se convierte en una de las características más sobresalientes de toda la secuela de la historia del Antiguo Testamento [...] El tema principal de la gran historia del Pentateuco, de los libros de Josué y Jueces y hasta el establecimiento de los límites territoriales del reino de David es la promesa y posesión de la tierra”.<sup>2</sup> Este tema continúa más allá de los tiempos del Antiguo Testamento hasta el judaísmo de nuestros días.

La importancia de la tierra para la nación de Israel se demuestra aún más cuando recibe el juicio en la forma del exilio de la tierra. Sentado a las orillas de los ríos de Babilonia, el pueblo todavía debió haber sido capaz de verse como una nación. Ellos todavía eran capaces de relacionarse los unos con los otros como Dios quería y todavía eran capaces de cantar los cánticos de alabanza a Dios. Con todo, esto no significaba nada para ellos porque decían: “¿Cómo cantar las canciones del Señor *en una tierra extraña*?” (Sal 134:7). Ser el pueblo de Dios solo era posible, en su sentido más pleno, cuando estaban enraizados en la tierra que Dios les había prometido, con acceso al templo como el centro de su adoración. Solo en Canaán podían expresar de manera plena su nacionalidad. Algún tipo de relación espiritual con Dios en una tierra extraña no era su destino y no podía ser causa de celebración. Para ser el pueblo de Dios necesitaban la tierra firme de Canaán y el acceso a la ciudad santa, Jerusalén, donde Dios moraba en el templo. Tratar de vivir para Dios en Babilonia no era el propósito de su existencia. Habían sido llamados a existir con el fin

de establecer una nación justa que honrara a Dios en Canaán y nada menos que eso bastaría.

### **DE REGRESO A LA TIERRA**

Como prisioneros en un país extranjero, ¿quién le podía dar esperanza al pueblo exiliado de Dios? ¿Los había desechado Dios, o cabría la posibilidad de que Sus promesas a Abram pudieran ser restauradas, incluso en este punto tan bajo de su historia?

Aquí llegan los profetas, hombres inspirados y comisionados por Dios para revelarles a Israel lo que estaba en el corazón de Dios para ellos. Algunos hablaron antes del exilio, algunos durante el exilio y algunos después de que los sobrevivientes habían regresado a Canaán. Dios había levantado a cada profeta para llevar Su Palabra a Su pueblo en un momento particular de su historia. Diferentes profetas, por lo tanto, trataron asuntos distintos dentro de la vida de Israel y de Judá. Sin embargo, hay un tema que se repite en muchos de los mensajes de los profetas: el de una restauración *a* la tierra y el de una restauración *de* la tierra.

El profeta Ezequiel, que profetizó durante los años del exilio de Israel, profetiza sobre un día cuando Dios diría: “Ahora voy a cambiar la suerte de Jacob. Tendré compasión de todo el pueblo de Israel, y celaré el prestigio de mi santo nombre [...] Entonces sabrán que yo soy el Señor su Dios, quien los envió al exilio entre las naciones, pero que después volví a reunirlos en su propia tierra, sin dejar a nadie atrás” (Ez 39:25, 28).

Joel, considerado por muchos como uno de los primeros libros proféticos del Antiguo Testamento, le advirtió a Israel del desastre inminente que vendría a menos que se arrepintieran; pero él también vio más allá del juicio, a un tiempo en el que Israel sería restaurado en armonía con la tierra prometida. La descripción del pueblo de Dios, viviendo en armonía con el resto de Su creación y disfrutando su fertilidad, es hermosa y vale la pena repetirla aquí en su totalidad.



Entonces el Señor mostró amor por Su tierra [*¡ffijate!*] y perdonó a Su pueblo.

Y les respondió el Señor: Miren, les enviaré cereales, vino nuevo y aceite, hasta dejarlos plenamente satisfechos; y no volveré a entregarlos al oprobio entre las naciones [...]

No temas, tierra, [*¡ffijate!*] sino alégrate y regocíjate, porque el Señor hará grandes cosas.

No teman, animales del campo, porque los pastizales de la estepa reverdecerán; los árboles producirán su fruto, y la higuera y la vid darán su riqueza.

Alégrense, hijos de Sión, regocíjense en el Señor su Dios, que a Su tiempo les dará las lluvias de otoño. Les enviará la lluvia, la de otoño y la de primavera, como en tiempos pasados. Las eras se llenarán de grano; los lagares rebotarán de vino nuevo y de aceite.

Yo les compensaré a ustedes por los años en que todo lo devoró ese gran ejército de langostas que envié contra ustedes: las grandes, las pequeñas, las larvas y las orugas.

Ustedes comerán en abundancia, hasta saciarse, y alabarán el nombre del Señor su Dios, que hará maravillas por ustedes [...]

Entonces sabrán que yo estoy en medio de Israel, que yo soy el Señor su Dios, y no hay otro fuera de Mí (Jl 2:18-27).

Por medio de las palabras de Joel, Dios prometió la futura reunión de la tierra (suelo), los animales y las personas en una relación armoniosa y fructífera. De hecho, casi todos los profetas del Antiguo Testamento, incluso los que profetizaban con detalles gráficos los juicios que alcanzarían al pueblo infiel de Israel, también comunicaban una esperanza visionaria en la futura restauración –expresada en términos terrenales similares. De la descripción que Isaías da del lobo viviendo con el cordero y el leopardo recostado junto al niño (Is 11:6-9), las ciudades en ruinas y reconstruidas de Amós (Am 9:11-12) y las espadas convertidas en arados de Miqueas (Mi 4:3-5 RV60), a la fructífera “tierra deseable” de Malaquías

(Mal 3:11-12), la esperanza futura de Israel era innegablemente terrestre. Su futuro estaba incuestionablemente ligado al futuro de la creación de Dios y ¡cualquier noción de un cielo “espiritual” que reemplazaría el esplendor de la creación solo se notaría por su ausencia!

Por lo tanto, si le hubieses preguntado a un israelita del Antiguo Testamento qué le deparaba el futuro, se habría expresado meramente en términos físicos. Por supuesto el individuo hubiera creído que después de la muerte su alma entraría al “mundo de los muertos” (como se verá en el capítulo 4), pero ese no hubiera sido el fundamento central de su esperanza futura. Su esperanza para el futuro (aunque pudiera no estar vivo para verla por él mismo) era que Dios restauraría a la nación de Israel a su tierra, que la tierra misma se volvería inusualmente fructífera, que bajo el gobierno del Rey ungido por Dios la vida en la tierra se volvería justa y pacífica y que hasta los animales en la tierra vivirían en armonía el uno con el otro. Desde el principio hasta el fin, entonces, estamos comenzando a ver que el Antiguo Testamento considera el destino de la humanidad inseparablemente vinculado a la vida *en la tierra*.

### **PERO ¿QUÉ PASA CON EL CIELO?**

Fue en este sistema de creencias y en esta esperanza de los últimos tiempos de la nación santa, restaurada a su tierra, donde nació Jesús. Sin embargo, es muy diferente a la esperanza del cielo de los últimos tiempos que la mayoría tiene hoy. ¿De dónde vino nuestra esperanza? ¿Será que Jesús contradujo el Antiguo Testamento en cuanto a la esperanza de la restauración de la creación? ¿Será que Jesús interpretó que el lenguaje descriptivo de los profetas era meramente simbólico de alguna época por venir que todavía no conocíamos? ¿Está el Antiguo Testamento solamente dando una descripción vaga de la realidad del cielo, y, si así es, difumina el Nuevo Testamento algo de esta neblina e intenta redefinirnos el cielo en términos espirituales y etéreos? Estas preguntas nos llevan al siguiente capítulo.



# LA RENOVACIÓN DE TODAS LAS COSAS

## LA ENSEÑANZA DE JESÚS

Jesús es el centro de atención de toda la Escritura, así que comencemos nuestra búsqueda en el Nuevo Testamento con un análisis de Su enseñanza sobre los últimos tiempos.

### **NUEVOS ACONTECIMIENTOS**

Es obvio que el mundo de los días de Jesús había avanzado en los 400 años desde la conclusión del Antiguo Testamento. Las ideas del filósofo griego Platón (428–347 a.C.), de que el mundo espiritual más elevado era de hecho el mundo “real” y de que “una vez liberado de su prisión en el cuerpo, el espíritu [...] se haría más fuerte y más poderoso” levantándose para disfrutar “su última morada en el reino trascendente y celestial de las ideas”,<sup>1</sup> habían tenido un impacto en las expectativas de las personas en lo que se refiere al mundo venidero. Ahora la expectativa era más “espiritual” y menos “física”.

Influenciado por las ideas de Platón, el influyente pensador judío Filón de Alejandría (20 a.C.–45 d.C.) enseñó que “ya que el alma pertenece al mundo espiritual, la vida en el cuerpo no es nada sino un breve –frecuentemente desafortunado– episodio” y que después de la muerte el alma asume una “existencia suprema, inmortal e incorpórea”. En esta época, cuando el pensamiento griego se arraigaba, muchos en Israel

Esperamos que hayas disfrutado  
de esta muestra del libro  
*El Cielo... No Es el Fin del Mundo.*

Para conseguir el libro completo y conocer más  
acerca de nosotros, visita nuestra página web:  
[www.poiema.co](http://www.poiema.co)

O comunícate con nosotros al correo:  
[info@poiema.co](mailto:info@poiema.co)



© 2015 Poiema Publicaciones  
*¡El Evangelio para cada rincón de la vida!*